

cambio, tú si amas a alguna persona, con sólo su nombre te conmueves, mientras que a Dios tan continuamente lo nombras como si se tratara de nada. Invócalo cuando haces beneficios a tu enemigo; invócalo para salvación de tu alma. Entonces El se presenta. Entonces le das contento. Ahora, en cambio, lo irritas. Invócalo como lo invocó el mártir Esteban. ¿Qué decía éste?: *¡Señor! no les tomes en cuenta este pecado* <sup>11</sup>.

Invócalo como lo invocó la esposa de Elcana, con lágrimas, con llanto, con oraciones. Esto no lo prohíbo. Al contrario, mucho te exhorto a que lo hagas. Invócalo como lo invocó Moisés, orando por los que habían puesto en fuga. Si tú a un varón venerable lo nombras con ligereza, todos lo toman a injuria; pero si en tus palabras traes y llevas a Dios no sólo a la ligera, sino fuera de oportunidad, ¿no lo tienes por nada? ¡De cuán grave castigo eres digno! Yo no prohíbo tener a Dios presente a la continua en el pensamiento: semejante cosa yo la anhelaría y la querría. Pero que esto no sea contra su beneplácito, sino para su honra y alabanza. Grandes bienes nos acarrearía el invocarlo en solas las cosas en que es necesario y en las que conviene.

Pregunto yo: ¿por qué en tiempo de los Apóstoles se realizaban tantos y tan maravillosos milagros; y en cambio no sucede lo mismo en nuestro tiempo, siendo Dios el mismo y el mismo su Nombre santo? Es que las cosas no van ya por los mismos caminos. ¿Por qué? Porque aquéllos, en eso que he dicho invocaban a Dios, pero nosotros no lo invocamos en eso sino en otras cosas. Si juras porque el otro no te cree, dile con firmeza: ¡Créeme! Por lo demás, si quieres de todos modos jurar, jura por ti mismo. Y al decirlo esto, no estoy afirmando cosa que sea contraria a la ley de Cristo. ¡Lejos tal cosa! Dice El: *Sea vuestro lenguaje: ¡Sí, sí; no, no!* <sup>2</sup> Pero yo hablo atemperándome a vosotros, para mejor apartaros de semejante tirana costumbre. ¡Cuántos varones, en lo demás virtuosos, perecieron por causa de esta costumbre!

¿Queréis saber por qué se les permitió a los antiguos el juramento? (Porque el perjurio ni a ellos se les permitió). Porque juraban por los ídolos. ¿Y no os da vergüenza estar aún en aquella ley en que ellos, como débiles vivían? Actualmente, si yo topo con un gentil, no le impongo al punto que no jure, sino que primero lo exhorto a conocer a Cristo. Pero a un fiel que ya conoció a Cristo y oyó su palabra, si lo trato con esa misma blandura, lo mismo que a un hebreo, ¿qué utilidad se sigue o qué ventaja?

Dirás que la costumbre es cosa dura y que no fácilmente puede abandonarse. Pues si tan grande es la tiranía de la costumbre, cambia esa costumbre por otra. Preguntarás ¿cómo puede hacerse? Repetiré ahora lo que muchas veces os he dicho; que haya muchos que enmienden tus palabras, muchos que las investiguen, muchos que las corrijan. Ninguna vergüenza hay en ser corregidos por otros. La vergüenza es rechazar a quienes nos corrigen y hacerlo con daño de la salvación propia. Si tú te pones al revés los vestidos, consientes que un criado te lo advierta y no te da vergüenza de que te avise de ello, porque gran vergüenza es ponerse así el vestido. Y cuando llevas el alma dañada ¿te avergüenzas de que otro te lo advierta? Soportas bien al criado que cuida de tu ornato en el vestido y en el calzado ¿y no toleras a quien adorna tu alma? Pero ¿cuán grande no sería tal locura?

Que sean tus maestros el criado, el niño, la esposa, el amigo, el pariente, el vecino. Si una fiera de todos lados acosada no puede escapar, tampoco dejará de cuidarse quién tiene tantos que lo corrijan, que lo guarden, que de todos lados lo puncen. el primer día te molestarás, y aun el segundo y el tercero; pero en adelante ya la cosa será fácil. De modo que pasado el cuarto día ya no habrá tanta dificultad. Si no me creéis, haced la experiencia ¡os ruego! ¡Cuidad, pues, de esto! No es pecado leve ni es leve el castigo. De ambos lados es grande el bien o el mal. ¡Ojalá sea el bien!, por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, con el cual sean el Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

## NOTAS

1. Luc. XII, 11.
2. Mat. X, 27.
3. Mat. XXI, 44.
4. Hechos V, 28.
5. Mat. V, 16 y 26.
6. Mat. XXIII, 8.
7. II Cor. XIII, 2.
8. Nota el santo los principales distintivos de los filósofos gentiles de su tiempo.
9. Ecle XXIII, 9-11.
10. Salmo XXXVII, 6.
11. Hechos VII, 59.
12. Mat. V, 37.

## HOMILIA XI

*Puestos en libertad, vinieron a los suyos y les refirieron  
cuanto les habían dicho los Sumos Sacerdotes  
y los ancianos  
(Hechos IV, 23)*

NO LO REFIEREN por vanagloria. ¿Cómo iba a ser eso? Sino porque era un indicio de la gracia de Cristo. Tal es el motivo de que refieran todo cuanto aquellos les dijeron. Y aun cuando pasen en silencio lo que ellos respondieron, sin embargo por aquí los fieles toman mayor confianza. Advierte cómo de nuevo recurren al verdadero auxiliar, a la ayuda verdadera; y de nuevo también lo hacen unánimes y empeñosos, porque no hicieron oración de cualquier manera. *Ellos en cuanto lo oyeron, unánimes levantaron la voz en plegaria a Dios diciendo.* Advierte con cuánta diligencia oran. Cuando rogaban a Dios que les mostrara a uno digno de ocupar el puesto de Apóstol, decían: *Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, pon de manifiesto* <sup>1</sup>; porque ahí era necesaria la presciencia. Pero acá, como lo necesario era cerrar la boca de los enemigos, hablan del poder de Dios. Y comienzan así: *¡Señor Dios! ¡Tú que creaste el cielo y la tierra, el mar y cuanto ellos contienen! Tú, por boca de David tu siervo, dijiste: ¿Por qué se han embravecido las naciones, y los pueblos maquinan planes vanos? Presentáronse los reyes de la tierra y se aliaron los príncipes contra el Señor y contra su Cristo* <sup>2</sup>.

Citan la profecía como si exigieran a Dios el cumplimiento de un pacto; y al mismo tiempo se consuelan, pues los enemigos todo lo maquinan en vano. Como si dijeran: lleva eso a su cumplimiento y demuestra que en vano han maquinado. *A la verdad se coaligaron en esta ciudad contra Jesús, tu siervo santo, a quien tú ungiste, Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y el pueblo de Israel; para hacer todo*

*cuanto tu consejo y tu mano predeterminaron que sucediera. Ahora, pues, Señor, mira sus amenazas. ¿Adviertes la prudencia cómo nada malo imprecaban para sus enemigos? Mira en particular cómo no refirieron en pormenor y circunstanciadamente las amenazas, y se contentaron con decir que habían amenazado. Es que el autor narra en compendio.*

Advierte que no dijeron: destrózalos, abátelos; sino ¿qué?: *Y otorga a tus siervos predicar tu palabra con entera libertad.* Aprendamos a orar así. ¿En qué grave furor no se encenderá quien se ve en manos de los que se esfuerzan en darle muerte y tales amenazas profieren? ¿De cuán grande odio rebotará? Pero no proceden así los santos. *Exiende tu mano para que se obren curaciones, prodigios y milagros por el Nombre de Jesús, tu siervo.* Como si dijeran: Si en tu Nombre se realizan esas obras, habrá grande confianza para la predicación. *Concluida la plegaria, retembló el lugar en que se hallaban congregados. Y quedaron todos repletos del Espíritu Santo.* Con esto se significaba, que habían sido escuchados y que venía una visita divina. *Y quedaron repletos del Espíritu Santo.* ¿Qué significa: *Quedaron todos repletos?* Es decir quedaron inflamados con el Espíritu Santo y el don ardía en ellos. *Y proclamaban la palabra de Dios con osadía.*

*La asamblea de los fieles tenía un solo corazón y una sola alma.* ¿Ves cómo cooperaban con la Gracia divina poniendo lo que estaba de su parte? Porque por dondequiera puede verse cómo juntamente con la Gracia de Dios ponen ellos lo que les toca, como Pedro que decía: *Oro y plata no tento.* Y lo que antes dijo Lucas: *que todos los fieles tenían un solo corazón y una sola alma.* En cuanto dijo que Dios los había escuchado, en seguida refirió sus virtudes. Y pues va a comenzar la narración acerca de Ananías y Safira, pone de esta manera de manifiesto el crimen, comenzando por indicar las virtudes de los demás.

Dime, te ruego: ¿La caridad engendra la pobreza o la pobreza engendra la caridad? Por mi parte creo que la caridad engendra la pobreza, pobreza que hace más firme la caridad. Oye lo que dice: *Todos tenían un solo corazón y una sola alma.* Corazón y alma tienen el mismo significado. *Y ninguno de ellos llamaba propiedad suya a su hacienda, sino que entre ellos todo era común. Y los Apóstoles acompañaban su testimonio de la Resurrección del Señor con grandes milagros.* Habla como de un encargo obligatorio, como de un oficio de ellos. Quiere decir que testificaban ante todos con grande confianza el Reino.

*Y gozaban todos de gran benevolencia. Pues no había entre ellos ningún indigente. Así como en el hogar paterno todos los hijos gozan del mismo honor, así sucedía entre ellos. No era lícito decir que alimentaban a otros, sino que estaban en tal disposición como si nutrieran a los suyos. Y lo admirable era que, dejando todo lo suyo, en tal forma los alimentaban que no parecía que lo hicieran de lo propio sino de lo común. Y cuantos poseían campos o casas los vendían y traían el precio de la venta y lo depositaban a los pies de los Apóstoles. Y se distribuía a cada uno según sus necesidades. Grande muestra de honor era que no depositaban el precio en las manos de los Apóstoles, sino a sus pies.*

*Y José, llamado por los Apóstoles Bernabé, que significaba Hijo de consolación, hizo lo mismo. Yo no creo que fuera el mismo que fue sorteado con Matías; porque aquel se llamaba José Barsabas y después se llamó el Justo; mientras que este otro Barsabas, Hijo de consolación, recibió semejante nombre de parte de los Apóstoles. Pienso que se le pondría tal nombre aludiendo a su virtud, como si fuera idóneo y apropiado para consolar. Era levita chipriota por nacimiento. Tenía un campo y lo vendió, y trajo el precio de la venta y lo depositó a los pies de los Apóstoles. Observa cómo en este paso Lucas deja ver que se había abrogado la ley; y también la razón de por qué dice que José, siendo originario de Chipre, sin embargo era levita; pues aun mudada la patria se les llamaba levitas.*

Pero repitamos lo dicho anteriormente. Dice, pues: *Puesto en libertad vinieron a los suyos y les refirieron cuanto les habían dicho los sumos Sacerdotes y los ancianos.* Mira lo lejos que están de la ostentación los Apóstoles y cuán moderados son. No van de un lado a otro haciéndose los notables ni refieren cómo refutaron a los sacerdotes; ni se envanecen con su narración, sino que van y refieren con sencillez lo que los ancianos les habían dicho. Vemos por aquí que no se expusieron a las tentaciones, sino que únicamente llevaron con fortaleza las pruebas que se les impusieron.

Otro que no hubiera sido ellos, apoyado en la multitud tal vez habría proferido insultos, y les habría dicho infinitas cosas pesadas. No procedieron así estos hombres virtuosos, sino que en todo se portaron con mansedumbre y bondad. *Ellos en cuanto lo oyeron unánimes alzaron la voz en plegaria a Dios.* Clamor nacido del gozo grande y del fervor. Tales son las oraciones eficaces: las que brotan llenas de sabiduría y virtud y son lanzadas por tales personas, por tales

cosas, en tal oportunidad y de tal modo; así como las que no van por aquí son abominables e inmundas.

Advierte cómo no hablan de cosas superfluas, sino sólo del poder divino, y tal como Cristo les hablaba a los judíos. *Si yo hablo en el Espíritu de Dios*, dice El. Estos dicen: *Por el Espíritu Santo*. También el Salvador habla en el Espíritu Santo. Oye lo que dicen: *Señor Dios que por boca de David tu siervo dijiste: ¿Por qué se han embravecido las naciones?* Es costumbre de la Escritura hablar de uno como si fueran muchos. Lo que quiere decir es esto: no prevalecieron ellos, sino que tú lo permitiste todo y lo condujiste hasta el fin, pues eres sagaz y sabio y manejas como quieres a los adversarios. Porque los fieles hablan aquí de la sagacidad y sabiduría divina, y declaran que los enemigos se juntaron a concejo, como quienes son, o movidos del odio y con propósitos sanguinarios. Pero ejecutaban así precisamente lo que Tú, Señor, querías: *Lo que tu mano y tu concejo predeterminaron que sucediera*.

¿Qué significa: *tu mano*? Yo pienso que aquí por *mano* se entiende el poder y determinación. Como si dijeran: Basta que Tú lo quieras, pues nadie más tiene poder para predefinir. La expresión: *Lo que tu mano* significa todo lo que Tú ordenaste. Esto es lo que significa. O también que Dios con su mano lo llevó a cabo. Pues así como allá antiguamente maquinan en vano. *Y otorga a tus siervos*, es decir que no lleven aquellos a efecto sus amenazas. Lo decían no porque se negaran a soportar duros padecimientos, sino en favor de la predicación. Porque no dicen: Sácanos del peligro, sino ¿qué?: *Y otorga a tus siervos predicar tu palabra con entera libertad*. Así como llevaste a buen fin aquellas cosas, así lleva también estas otras.

*Al que ungiste*, dicen. Advierte cómo aun en sus oraciones exaltan la Pasión y todo lo refieren a Cristo, y afirman ser El el motivo de su confianza. ¿Ves cómo todo lo piden para gloria de Dios y nada para gloria propia? Prometen lo que a ellos toca, o sea que no se dejarán aterrorizar, y suplican la confirmación mediante los milagros. Dicen: *Extiende tu mano para que se obren curaciones, prodigios y milagros*. ¡Bellamente! Pues sin éstos, aun cuando se hubieran presentado a los judíos con ingente presteza, lo habrían hecho en vano. Accedió el Señor a sus peticiones y lo declaró sacudiendo el lugar. Pues dice: *Concluida la plegaria, retembló el lugar en que se hallaban congregados*.

Y que éste fuera el motivo, oye cómo lo declara el profeta: *Mira El a la tierra y la hace temblar*<sup>3</sup>. Lo hace el Señor para infundir

miedo y darles a ellos mayor confianza tras de las amenazas de los sacerdotes y excitarlos a mayor libertad de hablar. Y como esto era a los principios, y se necesitaba alguna señal exterior para quedar persuadidos, les dio ésa: cosa que en adelante ya nunca sucedió. Por ese camino alcanzaron con sus preces una gran consolación.

Razonablemente piden la gracia de los milagros. Pues no tenían otro medio para demostrar que Cristo había resucitado, sino los milagros. De modo que no buscaban únicamente su firmeza propia sino además el no quedar confundidos y predicar con franqueza. El lugar se conmovió, y a ellos más los fortificó. El sacudimiento de la tierra es a veces señal de la ira divina y a veces señal de la visita del Señor. Aquí fue de ira. En la Pasión del Señor aconteció lo mismo de modo admirable y preternatural, pues toda la tierra se conmovió. Y el mismo Salvador decía: *Habrá entonces hambres y pestes y terremotos en varios lugares* <sup>4</sup>. En nuestro caso aquello era señal de ira contra los adversarios, mientras que a los fieles los colmó el Espíritu Santo.

Advierte cómo después de la oración también los Apóstoles quedan llenos del Espíritu Santo. Pues dice: *Y gozaban todos de gran benevolencia, porque no había entre ellos ningún indigente*. Observa cuán poderosa es la virtud del Espíritu Santo en donde es necesaria. Ella es la causa de los bienes que en seguida se enumeran y recuerdan. Ella empuja a todos al desprecio de las riquezas, pues dice un poco antes: *Ninguno llamaba propiedad suya a su hacienda*; y aquí añade: *No había entre ellos ningún indigente*. Safira y Ananías ponen de manifiesto que tal cosa provenía no únicamente en virtud de los milagros, sino además del propósito de las voluntades. Y daban testimonio de la Resurrección no sólo con palabras, sino además con su virtud. Así dice Pablo: *Mi lenguaje y mi predicación no fueron con discursos persuasivos de sabiduría, sino con demostración de Espíritu y con virtud* <sup>5</sup>. Y no una virtud cualquiera, sino grande.

Y con razón dice: *Y gozaban todos de gran benevolencia*. Benevolencia, porque *no había entre ellos ningún indigente*. Es decir que por la prontitud de los donantes nadie estaba necesitado. Los donantes no daban una parte de sus bienes y retenían la otra. O mejor dicho, ni siquiera todo, pues todo era común. Suprimían así la desigualdad y con esto vivían en abundancia grande. Y lo hacían con grandes muestras de honra a los Apóstoles, pues no se atrevían a poner el precio en sus manos. Y no donaban con ostentación, sino que ponían el precio a los pies de los Apóstoles, y los dejaron administrarlo a su talante, y

los hacían señores de lo que donaban. De manera que en adelante tomaban los fieles de ahí no como de lo propio, sino de lo que era común.

Así se lograba que no se ensoberbecieran con vana gloria. Si esto se hiciera ahora, viviríamos con mayor gozo ricos y pobres y no acarrearía esto mayor placer a los pobres que a los ricos. Si os place, amplifiquemos esto con el discurso y nos gozaremos con él al menos, ya que no queréis gozaros con la obra. Claro se ve esto con lo que entonces, sucedió; pues con vender sus bienes no quedaban necesitados los vendedores, mientras que así volvían ricos a los pobres. Pintemos esto mismo con el discurso.

Vendan todos ustedes sus posesiones y traigan acá el precio.. ¡Es amplificación del discurso! ¡No se conturben ni el pobre ni el rico! ¿Qué cantidad de oro piensas que se juntaría? Yo conjeturo (pues con certeza no es posible saberlo) que si todos y todas se despojaron de todos sus dineros, si entregaran los campos, las casas (y no hablaré de los esclavos, pues en nuestro caso no los habría, sino que tal vez a todos se les daba libertad), quizá se reuniría un millón de libras de oro; o quizás dos o tres, o más.

Ahora bien, dime: ¿qué número contiene nuestra ciudad de hombres en su conjunto? ¿Cuántos de esos estimáis que sean cristianos? ¿Estimáis que sean cien mil? ¿Y cuál el número de paganos y judíos? ¿Cuántos miles de monedas de oro se juntarían? ¿Y qué número hay de pobres? Yo no creo que sobrepase el de cincuenta mil. ¿Cuánto se gastaría diariamente para alimentarlos? Yo no creo que fuera tan grande el gasto poniéndoles mesa y alimentos en común. Preguntarás: pero ¿qué haríamos una vez que se hubieran consumido esas riquezas? ¿Crees tú que se consumirían? ¿Acaso el favor de Dios no es mil veces más abundante? ¿No se nos comunicaría ese favor más largamente? ¡Vaya! ¿No habríamos convertido la tierra en cielo? Si ese favor del cielo brilló para tres mil y para cinco mil de manera que nadie se quejó de pobreza, ¿cuánto más no brillaría tratándose de tan numerosa multitud? Y además ¿cuál de los extranjeros no añadiría algo? <sup>6</sup>.

Voy a demostrarte ahora que las riquezas tal como están distribuidas ahora, se gastan más y son motivo de pobreza. Supongamos una casa en donde viven diez hijos, el marido y la esposa. Y que ella trabaje en lanas y él aporte lo que gana allá fuera. Dime: ¿cómo gastan más: viviendo todos en una misma casa o viviendo dispersos

en muchas? Claro es que dispersos en muchas; puesto que si se separan los diez hijos se necesitarán diez casas, diez mesas, diez sirvientes, y por consecuencia de las entradas también se necesitarían las correspondientes. ¿Qué decir de las casas en donde hay multitud de criados? ¿Acaso no tienen todos una mesa común con el objeto de ahorrar gastos? La división siempre engendra disminución; la concordia y acuerdo, aumento. En los monasterios se vive como vivían antiguamente los fieles. ¿Y qué monje se ha muerto de hambre? ¿Cuál de ellos no ha tenido alimento en abundancia? Y sin embargo en la actualidad los hombres temen ese género de vida más que naufragar en un piélago inmenso. Si hubiéramos experimentado ese modo de vivir, acometeríamos audazmente vivirlo de nuevo.

¿Cuán grande piensas que es esa gracia? Si en aquel entonces, cuando casi no había fieles sino sólo tres mil y cinco mil\*; cuando les era contrario el mundo entero; cuando no esperaban consuelo alguno, tan fervorosamente acometieron ese género de vida, ¿cuánto más lo acometerían ahora cuando, por gracia de Dios, por todo el orbe hay creyentes? Y entonces ¿quién se quedaría gentil? ¡Pienso que nadie! ¡en tal forma nos lo habríamos atraído y acercado! Por lo demás, yo confío en que si emprendemos esa manera de vivir, así habrá de suceder por gracia de Dios. Hacedme caso, y poco a poco y por su orden llevaremos adelante este negocio. Y si Dios nos alarga la vida, me parece que se logrará que al fin tomemos semejante modo de vivir.

Por de pronto, sostened firmemente y observad la ley puesta del juramento. El que ya la vaya cumpliendo que denuncie al que la quebrante y acúselo y repréndalo acremente. He señalado el tiempo. Terminado éste, procederá a investigar; y al que encuentre culpable lo separaré y excluiré de la reunión eclesial. ¡Lejos de nosotros el que aquí se encuentre alguno que no la observe! ¡ojalá todos mantengan este pacto espiritual! Así como en la guerra los compañeros de armas y los adversarios se contradistinguen por sus banderas, que así acontezca aquí ahora.

Porque también ahora estamos en guerra. De ese modo distinguiremos bien cuáles son nuestros hermanos. ¡Qué bien tan grande será para nosotros una tal tésera aquí y en el extranjero! ¡Qué excelentes son estas armas contra las maquinaciones del demonio! La boca que no sabe jurar al punto atrae en la oración el favor de Dios y al demonio le causa grave herida. La boca que no sabe jurar tampoco

sabe de injurias. Así como lo haces cuando se incendia tu mansión, así arroja de tu lengua ese fuego; échalo fuera. Concédele a tu lengua un poco de respiro y haz tu llaga menos grave.

Os lo ruego, con el objeto de poder pasar yo a daros otra doctrina, pues mientras este vicio no quede enmendado, no me atrevo a pasar adelante. Corregidlo con toda diligencia. Tomad conciencia de este trabajo, y ya después os daré otras leyes; es decir, no yo, sino Cristo. Plantad en vuestras almas este bien y poco a poco os convertiréis en un paraíso de Dios, mucho más excelente que aquel antiguo. Porque no habrá en nosotros ni serpientes, ni árbol mortífero, ni otra cosa alguna de ese género.

Arraigad profundamente la costumbre de no jurar. Si lo hacéis, aprovechará no sólo a vosotros los aquí presentes sino a toda la tierra; y no sólo a los que ahora viven, sino también a los que luego vendrán. Puesto que una buena costumbre, si entra en una ciudad y todos la conservan, durará por muy largo tiempo, y no habrá tiempo que logre arrancarla. Si aquel que en sábado recogía leña fue lapidado (Núm. XV, 35), quien amontona y junta cosas más graves, y reúne toda una carga de pecados (pues a esto equivale la frecuencia en jurar), ¿qué castigo no sufrirá? ¿qué tormentos no padecerá? Si lográis extirpar los juramentos, alcanzaréis de parte de Dios un grande auxilio.

Si yo te digo: No injuries, al punto me objetas la cólera que te inflama. Si te digo que no envidies, me objetas otro motivo cualquiera. Pero en el caso de los juramentos, nada de eso tienes que objetar. Por esto he comenzado por rogarte lo que es más fácil, puesto que así se procede en todas las artes. Así avanza a cosas más altas quien primero ha aprendido las más fáciles. Y conoceréis cuán fácil sea abstenerse del juramento, cuando con la gracia de Dios se haya logrado y recibáis una nueva ley.

Concededme esta franqueza en hablar delante de los gentiles y de los judíos; y, lo que es primero y ante todo, delante de Dios. ¡Sí! ¡os lo ruego por el amor que os tengo y, como dice Pablo, por los dolores con que os he dado a luz! ¡Hijitos míos!... Pero no añadiré lo que sigue: *A los cuales de nuevo doy a luz*; ni tampoco lo otro: *Hasta que Cristo sea formado en vosotros* <sup>7</sup>. ¡Creedme que no hablaré de otra manera! Ciertamente si ahora mismo alguien pusiera en mi cabeza mil regias coronas consteladas de piedras preciosas, no me alegraría en grado tan alto como me gozo en ver vuestro aprovechamiento. Más aún: no creo que el Emperador en persona tanto se goce, como yo me gozo con vosotros.

¿Qué digo? Si el Emperador regresara tras de haber derrotado a todas las naciones enemigas; y además de la acostumbrada corona, recibiera otras coronas y diademas, símbolos de su triunfo, creo yo que no se alegraría con sus trofeos como yo me gozo con vuestro aprovechamiento, pues doy saltos de placer, como si llevara en mi cabeza millares de coronas. Y con muy justa razón. Pues si con la gracia de Dios lográis la costumbre de no jurar, habréis vencido a infinitos enemigos, mucho más temibles que esos otros del Emperador, pues lucháis contra los demonios perversos, ciertamente no espada en mano, sino con la lengua y con vuestros propósitos.

Porque advertir lo excelente de vuestro comportamiento, si tal cosa lográis. En primer lugar, habréis derrocado una pesada costumbre. En segundo lugar, habréis desarraigado el torcido pensamiento de donde se originan todos los males, como es el de creer que el juramento es algo indiferente y que no daña. En tercer lugar, habréis vencido la cólera. En cuarto lugar, también la avaricia. Porque todo eso se deriva y es fruto de los juramentos. Más aún, por aquí tendréis una ocasión excelente para toda obra buena. Así como los que aprenden las primeras letras, no únicamente aprenden esas letras, sino que mediante ellas quedan enseñados para leer los escritos, así os acontecerá a vosotros.

Ya no os engañará en adelante el pensamiento torcido, ni afirmaréis que se trata de algo indiferente. Ya no hablaréis conforme a la costumbre, sino que permaneceréis firmes para todas las dificultades; de manera que habiendo alcanzado todas las virtudes conforme a la voluntad de Dios, disfrutaréis de los bienes eternos, por gracia y benignidad del Hijo Unigénito, con el cual sean el Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

1. Hechos I, 24.
2. Salmo XXI, 2.
3. Salmo CIII, 32 y CXIII, 7.
4. Mat. XXIV, 7.
5. Los modernos traducen no virtud, sino poder, eficacia.
6. Este tema ya lo había tocado el santo en otras ocasiones, por ejemplo en la Homilía LXVI sobre San Mateo, etc. Conviene advertir que así como el fuego y caridad del Santo lo empuja a ciertos extremos de rigidez, ante aquel auditorio profundamente pervertido de Constantinopla, así también a veces lo lleva a concepciones utópicas e irrealizables en el conjunto de la masa popular.
  - \* Precisamente por ser pocos les fue posible vivir así. Además, eso fue se puede decir que en vísperas de la toma de Jerusalén, y sólo allí: en ninguna otra parte se hizo el mismo experimento (S.A.).
7. Gálat. IV, 19. Nótese que con mucha frecuencia, paganos y judíos, atraídos por la singular elocuencia del Santo, iban a escucharlo.

## HOMILIA XII

*Y José, llamado por los Apóstoles Bernabé, que significa  
Hijo de la consolación, levita, chipriota por nacimiento,  
poseía un campo y lo vendió, y trajo el precio  
de la venta y lo depositó a los pies de los  
Apóstoles  
(Hechos IV, 36-37)*

HABIENDO LUCAS de referir la historia de Ananías y Safira, con el objeto de dar a conocer cuán grande fue el pecado en que Ananías incurrió, comienza por mencionar al otro que procedió correctamente. Pues a Ananías, siendo tan grande el número de los que así habían procedido y floreciendo tan grandemente la Gracia y obrándose tantos milagros, nada de todo eso le bastó para enmendarlo; sino que una vez cegado por la avaricia, atrajo sobre sí la ruina. De José, llamado Bernabé, dice Lucas: *Como poseyera un campo*, dando a entender que no tenía más haberes, *lo vendió y trajo el precio de la venta, y lo depositó a los pies de los Apóstoles.*

*Pero un hombre llamado Ananías, de acuerdo con su mujer, vendió su propiedad y se reservó parte del precio, en complicidad con su mujer; y trayendo una parte, la puso a los pies de los Apóstoles.* Grave cosa fue que cometieran este pecado de mutuo consentimiento sin saberlo nadie más <sup>1</sup>.

¿Por dónde se le ocurrió a este infeliz hacer tal cosa? *Pedro le dijo: Ananías, ¿cómo es que Satanás entró en tu corazón y te impulsó a mentir al Espíritu Santo y a defraudar parte del precio del campo?* Mira aquí verificado un milagro grande y mucho mayor que el antecedente. *¿Acaso no eras dueño de no venderlo; y si lo vendías, el precio no era perfectamente tuyo?* Como si le dijera: ¿Había acaso alguna necesidad o se te hacía alguna violencia? ¿Os arrastramos por

ventura nosotros a esto contra vuestra voluntad? *¿Por qué, pues, tu corazón se determinó a hacer esto? No has mentido a los hombres sino a Dios. Al oír estas palabras, Ananías cayó en tierra y expiró.*

*¿Ves por dónde resulta este milagro mayor que el de sanar al cojo? Pedro causa la muerte y conoce lo que hay en el pensamiento y lo que a ocultas se ha hecho. E invadió un gran temor a cuantos lo oyeron. Entonces se levantaron los más jóvenes, lo amortajaron y lo llevaron a enterrar. Transcurridas como unas tres horas, entró su mujer, que ignoraba lo sucedido. Y Pedro le dijo: ¿Dime si por esa cantidad vendisteis el campo? Quería Pedro salvar a ésta, pues el marido era quien la había hecho pecar. Tal vez por este motivo le da tiempo para defenderse y hacer penitencia.*

Por esto le pregunta: *¿Dime si por esta cantidad vendisteis el campo? Ella respondió: Sí, por este precio. Y Pedro a ella: ¿Por qué os habéis puesto de acuerdo para poner a prueba al Espíritu del Señor? Mira, están a la puerta los que vienen de enterrar a tu marido. Ellos te sacarán también a ti. Y al punto cayó ella a sus pies y expiró. Entraron los jóvenes y la encontraron muerta; y la sacaron y la sepultaron junto a su marido. Y un gran temor se apoderó de toda la Iglesia, y de cuantos oyeron contar estas cosas. Tras de ese temor los Apóstoles hicieron muchos milagros. Oye cómo lo cuenta Lucas. Las manos de los Apóstoles obraban milagros y muchos prodigios en el pueblo. Y todos acordes se reunían en el pórtico de Salomón. Y de los otros ninguno osaba asociarse a ellos. Y el pueblo los veneraba. Con toda razón. Y Pedro se había hecho temido castigando y descubriendo los pensamientos de la mente. De modo que más lo seguían así por el milagro hecho como por sus primero, segundo y tercer discursos. Había él hecho el primer milagro y el segundo y este tercero que a mí me parece ser no uno sino dos: descubrir los pensamientos de la mente y dar muerte con sola su palabra.*

*Iban en aumento los que creían en el Señor, multitudes de hombres y de mujeres; hasta el punto de que sacaban los enfermos a la calle, y los ponían en lechos o en camillas, a fin de que cuando pasaba Pedro, siquiera su sombra tocara a alguno de ellos. No sucedió esto con Cristo. De modo que puede verse realizado en las obras lo que El mismo había dicho: El que cree en Mí hará las obras que Yo hago y aun las hará mayores que éstas <sup>2</sup>. Asimismo se congregaba el gentío en las poblaciones vecinas a Jerusalén y traían a los enfermos y a vejados de espíritus inmundos. Y todos quedaban curados.*

Considera cómo se va tejiendo la urdimbre de la vida de los Apóstoles de cosas entre sí contrarias. La separación del Señor les causa tristeza; luego tuvieron alegría con la venida del Espíritu Santo; de nuevo tristeza a causa de los burladores; y luego alegría por la multitud de los fieles y por el milagro del cojo; de nuevo, temor de ser encarcelados y luego alegría con la propia defensa. Y otra vez tristeza y alegría: alegría, pues brillaban y gozaban de las comunicaciones divinas; tristezas de que aun a los suyos dieran muerte los adversarios. Alegría por el esplendor; tristeza por causa de los príncipes de los sacerdotes. Meditando podemos advertir esto en dondequiera: lo mismo entre ellos que entre los antiguos. Pero repetamos lo ya dicho.

Dice Lucas: Vendían sus propiedades y traían el precio y lo depositaban a los pies de los Apóstoles. Advierte, carísimo, cómo no dejaban que los Apóstoles vendieran, sino que ellos mismos vendían sus campos y llevaban el precio a los Apóstoles. No procedió así Ananías, sino que sustrajo parte del precio del campo suyo que había vendido, y por esto fue castigado, ya que no obró correctamente, sino que se halló que robaba de lo suyo. Aquí se punza a los sacerdotes, y por cierto con vehemencia. Y pues la esposa era consciente de la sustracción, también a ella se le interroga. Dirá tal vez alguno que se procedió con ella en forma excesivamente dura y amarga. Pero ¿qué dices? Pregunto: ¿cuál acerbidad? Si quien recoge en sábado unos leños es castigado con la muerte, mucho más la merece quien roba las cosas sagradas, pues aquellos dineros ya eran sagrados. Quien quiso vender sus propiedades y dar el precio de limosna, pero luego sustrajo algo del precio, es sin duda sacrílego.

Ahora bien, si así es sacrílego quien sustrae de lo suyo, mucho más lo será quien lo haga con lo ajeno. Ni penséis que pues no se sigue inmediatamente el castigo todo quedará impune. ¿Adviertes cómo se toma a crimen el que habiendo ya hecho sagrados aquellos dineros, se quite algo de ellos? Dirás: pero ¿acaso una vez vendidas las posesiones no podías usar tú el precio como cosa propia? ¿Acaso se te ha prohibido? Considera cómo ya desde los principios el demonio se mezcla entre tan grandes milagros y tan admirables prodigios. Mira en qué forma cegó a Ananías. Algo parecido sucedió también en el Antiguo Testamento, cuando se le encontró a Akán que había sustraído del anatema alguna cosa (Josué VII, 2 y XX, 22). Sabéis bien cuán tremendos castigos se impusieron por semejante pecado. Es porque el robo de las cosas sagradas es un pecado en exceso grave, pues está colmado de desprecio a Dios.

El caso es, pues, como si Pedro dijera a Ananías: Nosotros no te obligamos a vender tus posesiones ni a entregar los dineros logrados con la venta, sino que tú procediste por propia determinación tuya. Entonces, de los dineros ya consagrados ¿por qué robaste algo? Le dice Pedro. *¿Por qué Satanás entró en tu corazón?* Preguntarás: si fue Satanás quien lo hizo, ¿por qué se le imputa a Ananías? Tiene culpa por haber aceptado la tentación del demonio y haberse dejado poseer por él.

Instarás diciendo que lo propio habría sido simplemente corregirlo. Es que no se habría corregido. Pues quien tales milagros había presenciado y no había sacado de ellos provecho alguno, mucho menos podía aprovecharse por otros caminos. De modo que no fue conveniente dejar pasar sin castigo lo sucedido, sino cortar por lo sano aquella podredumbre para que no contaminara a todo el cuerpo. Y de este modo, saca utilidad el pecador mismo a fin de que no crezca en perversidad; aparte de que también los demás se tornan más cuidadosos. De no haber procedido así se habría seguido todo lo contrario. Por esto Pedro lo convence y le demuestra que no se le oculta el pecado, y después lo castiga. Le dice: *¿Por qué has hecho esto? ¿Querías conservar tu posesión?* Lo conveniente era conservarla desde un principio y no consagrarla; pero una vez que la consagraste, cometiste un sacrilegio, que es un pecado más grave. Puesto que quien roba lo ajeno, roba quizá movido de la codicia de lo ajeno; pero tú podías conservar lo que era tuyo. *¿Para qué lo consagraste y en seguida lo robaste?* Lo que hiciste fue un gravísimo desprecio de Dios. Tu crimen no tiene perdón; no hay excusa que valga.

Pero que nadie se vaya a escandalizar de que haya algunos ladrones sacrílegos. Si en aquel tiempo los hubo, mucho más los habrá ahora, cuando abunda la maldad. Reprendámoslos delante de todos para que los demás teman. Sacrílego fue Judas, pero eso no fue estorbo para los discípulos. *¿Observas cuán graves males produce la codicia de dineros? Un gran temor se apoderó de cuantos oyeron contar estas cosas.* De modo que Ananías sufrió el castigo y los demás sacaron el provecho; por lo cual no sin motivo se procedió de aquella manera. Aun cuando anteriormente se habían obrado otros prodigios, pero no se produjo temor semejante. Es pues verdadero lo del salmo: *Se conocerá al Señor cuando haga justicia* <sup>2</sup>. Lo mismo sucedió allá cuando lo del arca, que fue castigado Ozán y otros concibieron temor (II Sam. VI, 7). Sólo que en el caso de Ozán el rey retiró el arca; mientras que acá los fieles sólo quedaron más avisados.

¿Has advertido que Pedro no llamó a Safira, sino que esperó a que la se presentara, ni hubo alguno que se atreviera a comunicar a Safira lo sucedido? Fue por reverencia al maestro; fue por reverencia y honor a los discípulos. *Transcurridas como tres horas*. No lo supo la esposa ni se lo comunicó alguno de los presentes, aunque el tiempo fue suficiente para que el caso se divulgara; pero todos temían. Lucas, admirado de tal cosa, dice: *Sin saber lo sucedido se presentó*. Por aquí puede verse que Pedro conocía las cosas ocultas en el corazón. Si no ¿cómo el que a nadie había preguntado a ti, oh Safira, sí te pregunta? ¿No es claro, como se ve manifiesto, que fue porque conocía y leía los secretos del corazón?

La excesiva ceguedad impidió a Safira confesar su crimen, de manera que respondió con suma audacia. Pensaba hablar con un simple hombre. Pecado grave era el que por mutuo consejo y como por común compromiso, hubieran ambos consentido en aquel crimen. Le dice Pedro: *¿Cómo es que os habéis concertado para poner a prueba al Espíritu Santo? Mira, ya están a la puerta los pies de los que fueron a llevar a tu marido a enterrar. Ellos te sacarán también a ti*. Primero le demuestra que ha pecado y luego le declara que justamente sufrirá el castigo que sufrió su esposo, ya que igual es el pecado de ambos.

Preguntarás: *¿Cómo fue eso de que: Al punto cayó a los pies de Pedro y expiró?* Pues porque se encontraba allí cerca de él. Tales fueron los caminos por donde ambos esposos se atraieron el castigo. ¿Quién no se había espantado? ¿Quién no habría reverenciado al Apóstol? ¿Quién no lo habría admirado? *Y todos acordes se reunían en el pórtico de Salomón*. Por aquí se ve que los Apóstoles no pasaban el día en alguna casa, sino que vivían en el templo. Tampoco temían ya quedar legalmente impuros si tocaban las cosas inmundas; sino que sin escrúpulo tocaban los cadáveres. Observa cómo son severos con los suyos, pero no ejercen su potestad sobre los otros.

*Iban en aumento —dice— los que creían en el Señor, multitudes de hombres y de mujeres. Hasta el punto de que sacaban los enfermos a la calle y los colocaban en lechos y camillas a fin de que cuando pasaba Pedro, siquiera su sombra tocara a alguno de ellos*. Gran fe la de estas multitudes, que se acercaban; y aun mayor que la de en tiempo de Cristo. ¿Cómo sucedió esto? Porque Cristo lo había predicho: *El que cree en Mí hará las obras que Yo hago y aun las hará mayores*<sup>3</sup>. Permaneciendo los Apóstoles en Jerusalén y sin andar de villa, en

villa, les traían en lechos y camillas a todos los enfermos, y los milagros fluían sobre ellos (los creyentes, los sanados, los corregidos) por la franqueza que usaban con ellos, en atención a quienes aún no creían firmemente; pues los sucesos que se desarrollaban no eran solamente milagros.

Aun cuando los Apóstoles modestamente hablando todo lo atribuían a Cristo, sin embargo, también concurrían, en su género, las virtudes de ellos. Observa cómo aquí Lucas no pone el número de los creyentes sino que lo deja a la conjetura del oyente. Así se iba extendiendo la fe entre inmensas multitudes. Por donde acontecía que también la noticia de la Resurrección de Cristo más y más se proclamaba y divulgaba. *Y de los otros ninguno se atrevía a juntarse con ellos, sino que el pueblo los veneraba.* Lo dice Lucas para demostrar que ya no se les despreciaba como anteriormente, y cómo todo se había llevado a cabo en poco tiempo y como quien dice en un instante, y esto por un pescador, hombre del pueblo.

La tierra se había convertido en cielo por la forma de vivir, la libertad de hablar, los milagros y todas las virtudes. Y los fieles, a la manera de ángeles, causaban admiración, pues a ningún vicio se inclinaban ni se dejaban vencer: ni a las risotadas vanas, ni a las amenazas ni al temor de los peligros; y no sólo por este motivo, sino también porque además eran sumamente tratables y mansos y cuidadosos de los demás. Unos les ayudaban con limosnas a otros, otros atendiéndolos en sus necesidades materiales y en la salud corporal.

*¿Por qué Satanás se apoderó de tu corazón y lo llenó?* Casi parece que Pedro tratara de justificarse antes de castigar a Ananías; pero al mismo tiempo enseña a otros. Porque iba a suceder que sus procederles parecieran en exceso duros, se pone a juicio estricto con Ananías y su esposa. Si Pedro no hubiera aplicado un mismo castigo a estos que igualmente habían pecado, ¿cuán grave desprecio de Dios se habría seguido? Y que ésta fuera la finalidad que tuvo Pedro se ve claro porque no impuso inmediatamente el castigo, sino que primero les puso delante su pecado. Con lo cual nadie hubo que se doliera ni gimiera, sino que todos quedaron aterrorizados. Con razón, pues, iba la fe en aumento entre ellos y se obraban muchos prodigios y había en todos grande temor, porque nunca nos perturban tanto los sucesos de los extraños como los de los domésticos.

Si, pues, a ejemplo de los Apóstoles, permanecemos todos unidos, nadie nos pondrá guerra. Pero si andamos en disensiones, todos nos

acometerán. Ese era el motivo de que ellos se encontraran enteramente confiados y en libertad para hablar, ya en la plaza, ya ante sus enemigos, y que siempre salieran vencedores. Se cumplía aquella sentencia: *Domina en medio de tus enemigos* <sup>4</sup>. Que encarcelados y entre cadenas tales cosas llevaran a cabo señal era de un poder superior. Pero si quienes mintieron tal pena soportaron ¿qué castigo no sufrirán los que perjuran? Más aún, si aquella mujer por el solo hecho de decir: *Sí, en ese precio*, sufrió semejante pena y no escapó de ella, pensad de qué suplicios sois dignos vosotros los que juráis y perjuráis.

Oportuno sería ahora declarar por el Antiguo Testamento la gravedad del perjurio. Dice en cierto lugar: *Era una hoz que volaba, ancha de diez codos* <sup>5</sup>. Ese volar significa lo rapidísimo del castigo que se sigue al juramento; y el que la hoz sea ancha y larga de diez codos significa la grandeza y fuerza de los males que se siguen; y que vuela desde el cielo significa que la sentencia viene dictada por el tribunal celeste; y la figura de la hoz quiere decir el suplicio es inevitable.

Así como la hoz aplicada al cuello no se retrae sobre sí mismo, sino que en cierta manera permanece, aun después de cortada la cabeza tal como se aplicó, así la pena que cae sobre los que juran es tremenda y no termina hasta concluir su obra. Y si a pesar de que juremos evitamos acá el castigo, no nos fiemos. ¿Qué pensáis acerca de los muchos que como Ananías y Safira se han atrevido a los que éstos hicieron y sin embargo no han soportado el mismo castigo? Preguntarás: ¿cómo es eso de que no han soportado el mismo castigo? No ha sido porque se les haya perdonado, sino porque están reservados para un castigo mayor.

En consecuencia, quienes cometen con frecuencia pecados son los que más han de temer, en el caso de no ser castigados, más que si lo fueran, pues con la dilación y paciencia divina se acrecienta el castigo. No nos fijemos en si no somos castigados, sino en si cometemos pecados; y si pecamos y no somos castigados debemos temer aún más. Dime: si tuvieras tú un criado al cual siempre lo amenazaras, pero nunca lo azotarás, ¿cuánto temería más? ¿cuándo huiría y se alejaría? ¿Acaso no cuando únicamente lo amenazaras? Por tal motivo mutuamente nos amonestamos a no usar continuamente las amenazas, no sea que así sobreexcitemos los ánimos y los destrocemos más aún que con los mismos azotes. Por lo demás en ese caso se trata de

un castigo temporal, mientras que acá se trata de un castigo eterno. No te fijes pues en si alguno ahora experimenta el golpe de la hoz, sino mira si hace obras tales como hemos dicho.

Muchos pecados se cometen ahora iguales a los del tiempo del diluvio y sin embargo no viene un diluvio. Se nos amenaza con la gehenna y el castigo, pero únicamente conminando. Muchos cometen los mismos pecados que los sodomitas y no viene la lluvia de fuego; pero ciertamente el río de fuego está preparado. Muchos se han atrevido a lo que se atrevió el Faraón, pero no han padecido lo mismo que padeció el Faraón, ni han sido sumergidos en el Mar Rojo. Pero es porque los espera el piélago abismal en donde el suplico no deja de sentirse jamás, ni puede nadie estrangularse sino se estará consumiendo continuamente con el ardor de aquellas calderas hirvientes y perpetuo morir sin estrangularse.

Muchos han pecado como pecaron los israelitas y no los han devorado las serpientes, porque les espera el gusano aquel que no muere. Muchos han cometido el mismo pecado que Giezi y no han sido heridos con la lepra, porque les espera en lugar de la lepra el ser destrozados y contados entre los hipócritas. Muchos, en fin, han jurado y perjurado; pero si hasta ahora han evitado el castigo, no nos confiemos: les espera el rechinar de dientes. Y aun quizá acá mismo tengan que padecer la pena y no escaparán aun cuando no la padezcan inmediatamente, sino con otros pecados para que la pena sea mayor. También nosotros, tomando ocasión de faltas menores solemos castigar las mayores.

En consecuencia, si algo penoso te sucede, acuérdate de tu pecado. Así les aconteció a los hijos de Jacob. Recordáis a los hermanos de José. Habían vendido a su hermano; habían intentado matarlo y en cuanto estuvo de su parte le dieron muerte; habían engañado a su anciano padre y lo habían contristado; y sin embargo nada malo les había sucedido. Pero pasados ya muchos años, llegaron a peligro de muerte y entonces se acordaron de su pecado. Y en esto yo no hablo por simples conjeturas: óyelos cómo dicen: *¡Sí! ¡hemos pecado contra nuestro hermano!* <sup>6</sup>. Pues tú, del mismo modo, cuando algo penoso te suceda, di: *¡Sí! ¡hemos pecado,* pues no escuchamos a Cristo y juramos! Ahora han caído sobre nuestras cabezas los frecuentes juramentos y perjurios. *¡Confíesalo!* Los hermanos de José lo confesaron y alcanzaron la salvación.

¿Qué importa si el castigo no se sigue inmediatamente al pecado? Tampoco Acab fue castigado al punto tras de lo de Nabot. ¿Por qué

sucede eso? Es que Dios te da un determinado tiempo para que te limpies. Si perseveras en tu pecado, al fin te castigaré. ¿Has observado lo que sufrieron los mentirosos? Pues pensad lo que irán a sufrir los perjuros: ¡pensadlo y enmendaos! Quien jura no podrá evitar el perjurio, quiéralo o no. Y basta un perjurio para el castigo y para echar sobre nosotros íntegro el suplicio. Os ruego, en consecuencia, que atendamos a nosotros mismos, para que, habiendo huído del castigo de semejante pecado, logremos la misericordia divina, por gracia y conmiseración del Hijo Unigénito, con el cual sean el Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

### NOTAS

1. Se ha discutido mucho en qué consistió propiamente el pecado de Ananías y Safira. A primera vista parece que bien podían disponer libremente de lo que era suyo. Pero unos, como la Biblia de Jerusalén, dicen que consistió "en haber querido engañar a los Apóstoles"; otros, como Solé Romá, afirman que aquellos esposos "con su ficción cometen una burla sacrílega del ideal evangélico"; otros, como el Crisóstomo, deducen el pecado de haber estado ya consagrados aquellos precios al Señor, de manera que disponer de nuevo de ellos equivalía a un robo sacrílego. Pudiera ser que en la brevedad de la narración Lucas omitiera pormenores que nos son desconocidos y que agravaran la mentira.
2. Salmo IX, 17.
3. Juan XIV, 12.
4. Salmo CIX, 2.
5. Zac. V, 2.

## INDICE

<i>Advertencia</i> .....	3
<i>Homilía I</i> .....	5
<i>Homilía II.</i> Los reunidos le preguntaban: Señor, ¿es éste el momento en que vas a restituir el reino de Israel? (Hechos 1, 6) .....	22
<i>Homilía III.</i> Entonces los Apóstoles regresaron a Jerusalén, desde el monte llamado de los Olivos, que dista de Jerusalén, el camino de un sábado. (Hechos 1, 12) .....	34
<i>Homilía IV.</i> Cuando se llegó el día de Pentecostés se hallaban todos reunidos en el mismo lugar. Y se produjo de repente un fragor venido del cielo. (Hechos II, 1-2) .....	47
<i>Homilía V.</i> Varones judíos, habitantes todos de Jerusalén: Tened bien entendido y prestad atención a mis palabras. (Hechos II, 14) .....	58
<i>Homilía VI.</i> Varones israelitas, prestad atención a mis palabras. (Hechos II, 22) .....	68
<i>Homilía VII.</i> Al oír esto se compungieron en su corazón y dijeron a Pedro y a los demás Apóstoles: ¿Qué debemos hacer, hermanos? (Hechos II, 37) .....	78
<i>Homilía VIII.</i> Pedro y Juan subían al templo, a la hora nona, hora de la oración. (Hechos III, 1) .....	89
<i>Homilía IX.</i> Pedro, al ver el gentío, dijo al pueblo: Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto, o por qué fijáis los ojos en nosotros, cual si con nuestro poder o santidad hubiéramos hecho andar a éste? (Hechos III, 12) .....	97
<i>Homilía X.</i> Mientras aún hablaban al pueblo, se les presentaron los sacerdotes y oficiales del templo. (Hechos IV, 1). .....	111

<i>Homilía XI.</i> Puestos en libertad, vinieron a los suyos y les refirieron cuanto les habían dicho los sumos Sacerdotes y los ancianos. (Hechos IV , 23) .....	123
<i>Homilía XII.</i> Y José, llamado por los Apóstoles Bernabé, que significa Hijo de la consolación, levita, chipriota por nacimiento, poseía un campo y lo vendió, y trajo el precio de la venta y lo depositó a los pies de los Apóstoles. (Hechos IV, 36-37) .....	133